

GUIDO.—Pero, si el haber tenido el mismo pensamiento, haber cumplido el mismo acto en el mismo momento no hubiese sido una casualidad, ¿qué pretexto más fácil, más oportuno para una conversación ligera... la coincidencia rara... la extraña telenatia...? Y en lugar de eso no hablamos: no hablamos de ello nunca más. ¡Por qué!... (Un breve silencio; en su voz hay una creciente emoción). ¡Quiere que le recuerde alguna otra cosa!... MARÍA.—(Cada vez más extraviada). No es necesario, Manfredi... y luego...

GUIDO.—El primer día que nos conocimos... aquella noche: todos cenaban fuera... alegres, bullangueros, ¿recuerda?... Nosotros nos habíamos quedado aquí, solos... le hablé de mi obra, de la creación mía, hecha de mi arte que en aquel momento era todo para mí, todo. En un momento, en la plenitud de mi discurso, sentí que debía detenerme... y debí detenerme... ¡Por qué!... (Acercándose a ella con dulzura). Sí, porque la criatura que mi ensueño, se había formado... estaba allí ante mí... toda entera con su sacrificio, con su silencio, toda, toda ella... (Ella queda inmóvil con la frente inclinada como aquella tarde con su silencio, tal como acaba de decir él mismo). ¡Oh! Me pareció de veras entonces que una pesada losa se hubiese situado de sobre mí para dejar pasar un hálito de calor... una rayo de sol... (Se ha inclinado hacia ella, como vencido y quiere abrazarla).

MARÍA.—(Sin mirarlo, le pone la mano sobre el rostro u lo detiene. Un silencio. En voz baja): Veo que no bastan razones para persuadirlo.

GUIDO.—(Consternado). ¡Oh... perdóname!

MARÍA.—No... hablemos... (Un largo silencio. Como para que se vaya). Le ruego... (Otro largo silencio y sintiendo que Guido no se aleja). Le ruego...

GUIDO.—(Siente que cada palabra que agregue será inútil: se detiene un instante, después lentamente, se vuelve hacia la puerta y sale. La sala está semi-oscura. Hoy más luz en el jardín. Lleno de nieve).

*Maria, Conrado y después Augusto*

CONRADO.—(Entre por la puerta de la izquierda. Trae en la mano un libro nuevo. Se acerca al escritorio del fondo para buscar un cortapapel. Casi entre sí, con ligero tono de ironía). ¡En la oscuridad! (Enciende la luz. La pieza se llena de luz).

MARÍA.—(Tiene un sobresalto de pena. Conrado sin mirar a la madre lleva hasta la mesa de la izquierda, toma un cortapapel y empieza a cortar las páginas. Después de un breve silencio, tratando de dar a su voz un tono de tranquila familiaridad): Sabes... Manfredi te ha dejado sus saludos.

CONRADO.—(Continúa cortando las hojas con afectado deseo). ¡No se queda a cenar!...

MARÍA.—No; ha recibido un telegrama de su madre que lo llama a Turín.

CONRADO.—(Le dirigen aquí los telegramas). (María cierra apenado los ojos. Un silencio). ¡Y cuánto tiempo estará fuera!...

MARÍA.—(Dejando caer las valerianas de los labios con el peso de las cosas inevitables, inmóvil, con la mirada fija en el suelo). No volverá... nunca... no volverá jamás...

CONRADO.—(Herido, se vuelve y la mira).

MARÍA.—(Turbada bajo la mirada del hijo, presintiendo y queriendo evitar una escena, se levanta u va lentamente hacia los vitrales y mira fuera al jardín. Despues, volviéndose). ¡Quieres llamar a Augusta! Hay que reavivar el estufero: hace frío... (Conrado, sin separar los ojos de su madre, arrime el timbre que tiene cerca, sobre la mesa. María vuelve y se sienta sobre el sofá. Se presenta Augusta). Dile a Juan que hace frío; que caliente más la estufa.